

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16
Por seis id.	32
Por un año.	60

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion.	24 reales.
Por comisionado.	26

ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

SALTO MORTAL.

¡Pues, sí señor, han caído, y ni la caridad los levanta!

Daria un duro por ver la cara que pone en estos momentos el Sr. Alcalá Galiano.

El Sr. Gonzalez Brabo, al dar el resbalon, no ha podido siquiera arrojar en brazos de Salamanca, que le hubiera consolado diciendo:—Mi casa está á su disposicion.

El general Narvaez vuelve á Loja, á lamentar su ruina como político, su inutilidad como moderado, su impotencia como ministro.

No, ya no hay sable que corte, ni peluca que asuste, ni berridos que estreñezcan...

Los hombres, cuando llegan á cierta edad, no sirven para gobernar su casa, cuanto mas la ajena.

Cuatro dias ha sido ministro Benavides. ¿Y á esto se llama un ministro histórico?

Arrazola, Seijas Lozano, Armero, todos estaban dispuestos á perseguir la libertad de imprenta, la libertad de reunion, la libertad de la tribuna, la inviolabilidad de sor Patrocinio... pero no hay dinero, la Hacienda no tiene un cuarto...

¡Y por eso han caído, sí señor, han caído, y ni la caridad los levanta!

¿Cree Vd. que no hubieran pasado por lo de Santo Domingo?

¿Cree Vd. que hubieran pretendido, ni por asomo, meter las narices en las interioridades de Palacio, á no ser para pretestar una camorra?

¡Ayer tan hinchados, cometiendo tantas tropelías, para ha cer unas elecciones que no han de saludar como ministros!

¡Ayer tan vanos, queriendo detener de una pluma la civilizacion de las universidades, y hoy humildes espectadores de la esposicion de pinturas!

¡Ayer árbitros de nuestros ejércitos, que son modelo de valor y de constancia en la adversa fortuna, tratando de igual á igual con las grandes naciones, y hoy ajustando la cuenta con el casero!

Y todo porque sus cabezas doctrinarias, ó de doctrinos, no encuentran recursos para salvar la cuestion de Hacienda.

Porque han de saber Vds. que no hay un cuarto...

¡Y por eso han caído, sí señor, han caído, y ni la caridad los levanta!

¿A dónde vamos á parar, qué sucede de extraordinario aquí?

Los ministerios pasan como relámpagos por las esferas del poder, sin afirmar nada, sin resolver nada.

La gente se pregunta:—¿dónde descargará la tormenta?

Y los relámpagos desaparecen, y nacen otros, y el mal está patente á los ojos de todo el mundo.

Dada la situacion actual, solo hay un partido que puede salvar el Tesoro público,— con resoluciones propias, con recursos propios, el partido progresista. ¿Subirá al poder?

Mas fácil es que oigan los sordos, que vean los ciegos y que sea buen mozo Alcalá Galiano.

Ya lo verán Vds., el nuevo ministerio traerá la misma política de sus antecesores, dará unos cuantos destinos, dos ó tres circulares, y caerá á su vez, para que mientras nos divertimos con los cambios ministeriales no nos ocupemos de cosas mas serias.

¡Y es una lástima!

Un ministerio, como el de Narvaez, donde estaban las supremas inteligencias del partido, caer así... como un tonto.

Vamos, no hay consuelo para GIL BLAS.

Esto es extraordinario, fenomenal, y sin embargo, es lógico... ¡No hay un cuarto!

¡Y por eso han caído, sí señor, han caído, y ni la caridad los levanta!

LUIS RIVERA.

DISCURSO

que pronunciará el Sr. D. Luis Gonzalez Brabo, en el acto solemne de tomarse la investidura de jefe de una oposicion parlamentaria.

Porque... ello habia de ser un dia ú otro.

Los ministros, á pesar de su celo, lealtad é inteligencia, dejan el puesto.

Amanece, pues, la *Gaceta* vertiendo cortesés piropos y flagrantes cesantías sobre el cuerpo ministerial, cuyo cuerpo pasará de un bizarro *enjambement* á los bancos encarnados; y en una tardecita que esté muy concurrido el palacio del Congreso y se trate de aquellas cosas tan graves, como, por ejemplo, la etiqueta de la grandeza ó el representante de S. M. en la posada del ex-rey de Nápoles, se agitarán de pronto los concurrentes, asomarán innumerables cabezas y sonarán largos rumores, porque se habrá oído una voz que tranquila y sonora decia:

—Pido la palabra.

—¡Gonzalez Brabo, Gonzalez Brabo... Brabo... es Brabo...

Y haciendo *run run*, correrá el nombre del ex-ministro por bancos y tribunas, culebreando, dilatándose y esparciéndose por los pasillos, las escaleras, las porterías y las calles adyacentes.

Llegarále el turno, y...

S. S. al levantarse se hallará naturalmente erguido de cuello; pasará su impávida mirada por todo el salon; sacudirá con donaire el brazo, de modo que la

bocamanga del gaban y el nítido puño de la camisa adquieran su colocacion mas propia; sacará un pañuelo, y pasándolo á uno y otro lado por el labio superior, lo volverá á guardar diciendo:

—Señores diputados:

(Aquí la tribuna de periodistas dá cuanto puede dar de sí en pescuezos; se oye «psit... psit...» por todas partes. El orador prosigue)

—Anhelando estaba yo una ocasion como la presente, y doy gracias al cielo que por fin me la depara tal que parece medida conforme á mi deseo. (*Pausa*). Los que han tenido la honra (y no sé si decir la desdicha) de ser ministros, harto comprenderán que me levanto con tanta pena como impaciencia; los que no han pasado aun por aquel banco, que bien puede llamarse bajo, créanme, yo se lo ruego, crean en la angustia que estoy experimentando; crean que he menester de grande esfuerzo para sobreponerme á la agitacion de mi ánimo; (*primer movimiento: la diestra al pecho*), esfuerzo que estoy haciendo ya, angustia que he de arrostrar á toda costa, por lo que debo á los representantes del país, al gobierno de que formé parte y á mi justificacion política.

(*Hondo silencio. Un diputado pasa un papelito al orador; este lo coloca sobre el pupitre; lo sujeta un momento con el indice y prosigue.*)

—He dicho que esperaba con vivas ansias esta ocasion, señores diputados, y me sucede ahora lo que á todos nos suele acontecer; que nos hallamos casi... perplejos al vernos frente á frente de un suceso enojoso, de inseguro, pero inevitable plazo; suceso por otra parte deseado, que quisiéramos, no que llegase pronto, sino que hubiera pasado ya, porque á todos nos duele, aunque sea á trueque de cumplir con un deber sagrado, lastimarnos y lastimar á otros.

(*En voz baja.*)—Agua.

(*D. Alejandro Castro en voz alta.*)—¡Agua!

(*El público se remueve: cada cual procura acomodarse mejor en su asiento. Todos los semblantes expresan esta esperanza: «Va á estar bueno.»—Un portero trae agua.—El orador no bebe.*)

—Sin asombro, sin estrañeza ¡cómo lo habia de estrañar! pero sí con disgusto, y aun debo decir con enojo, para ser exacto, con verdadero enojo, he estado oyendo las ágrias censuras, salidas una, dos y tres veces de ciertos bancos (*mucho brío*), á propósito de nuestra manera de aplicar la ley de imprenta. (*Pausa*). ¡Nuestra manera; señores! ¡Ah! ya sabia yo que se emplearia esa palabra ú otra semejante... (*recalcando*) ¡nuestra manera! ¿Hay, acaso, alguna manera de aplicar las leyes que no consista simplemente en aplicarlas? ¿Hicimos nosotros, hizo aquella administracion algo mas ó algo menos que inaugurar la genuina, la estricta, la lisa y llana aplicacion de aquella ley, que no habíamos hecho, que algunos habíamos censurado, sí; pero que la union liberal nos habia dejado vigente, y á cuya pauta debíamos dar el alto ejemplo de ajustarnos, en muestra de lo resueltos que estábamos á la mas rígida observancia de los preceptos constitucionales? ¿Qué hicimos nosotros con aquella ley? (*Aquí una paráfrasis de las dos circulares entreveraditas, con las ampliaciones que el orador, con su buen tacto, comprenderá que pueda resistir el auditorio sin disgustarse. Por fin beberá cuando nadie se lo espere.*)

¡Que hemos cometido yerros!.. ¿Puedo yo, puede nadie, señores diputados, contestar correctamente á una acusacion tan grave por lo que insinúa como nimia por la vaguedad de su forma? Sí, los habremos cometido...

(Alejandro Castro le habla al oído.) Tampoco yo tengo reparo en repetir la célebre frase: «todos hemos errado» (rumores á la derecha; Castro se sonríe, el orador se crece) ¡todos hemos errado! y... compárense errores con errores, mídense su respectiva trascendencia, y condenádnos si os atreveis, que á buen seguro, antes de que me llegue á mí el turno, he de ver el estigma sobre muchas frentes, sobre frentes que se levantan muy alto (alarma en el banco ministerial: sesgo del orador) que descuellan en este recinto, aquí dentro, ahora mismo.

(En las tribunas.)—¡Buen quiebro!

Se habla de eternas contradicciones, de eterna dualidad, de eternos vaivenes... porque á los señores de enfrente les parece que todo fué eterno en aquel breve período administrativo.

(Al oír «breve» suspiran muchos moderados cesantes.)

Y al fin y al cabo ¿dónde están esas contradicciones? (Si las cosas siguen tendiendo á la reacción, dirá): ¿Pues qué, por ser liberales, habíamos de ser cómplices de la impiedad? ¿Por estar animados de espíritu de tolerancia, habíamos de dar carta blanca á la herejía? Eso habrían querido algunos, para echárnoslo en cara después y desprestigiarnos en el concepto de cierta parte del país. ¡Ya lo sabíamos!

(Si las cosas se han puesto de mejor talante para Gil Blas, el tema del párrafo será): ¡Ay que no era el ministro de Gobernación! ¡ay que no era el gobierno quien impedía la circulación de ciertos impresos en que, so color de religiosidad, se blasfemaba de las conquistas revolucionarias, es decir, de todo lo que nuestra regeneración política ha convertido en instituciones venerandas; en que se inferían gravísimas ofensas á lo que es mas firme sosten del régimen representativo, á costa de tanta sangre levantado! No: no es posible, no es verosímil confundir los sentimientos, los impulsos, los anhelos de aquel ministro de la Gobernación, del que hoy tiene la honra de dirigir la palabra al Congreso, con las duras exigencias de la ley, que con cada una de sus aplicaciones se llevaba un pedazo de mi corazón (mano al ídem). Yo (otro golpe al pecho) cada vez que era denunciado un periódico, desde el fondo de mi gabinete, desde lo mas íntimo de mi sér, deseaba, clamaba (las manos al aire), imploraba en mudas voces la absolución del escrito, como si se tratase de mi absolución misma; la libertad de imprenta era mi anhelo mas vehemente, mi esperanza mas halagüeña, la pasión de todos mis días, el sueño de todas mis noches, y... solo yo sé lo que padecía cuando un tribunal frío, severo, recto, decía al mundo: el artículo denunciado es de aquellos para quienes se escribió la condena espresa en el artículo tantos de la ley. ¡Escrito estaba! solía exclamar yo entoces con dolor, y volvía el afligido corazón y la apesadada mente á los hombres que en cinco años de gobierno no habían sabido ó querido librarnos de tan doloroso martirio. ¿Y qué mas podía hacer? ¿Me había de volver contra la ley? Eso es bueno solo... para ciertos ministros.

(Si cree cerca del poder á los progresistas, dirá.) Yo no pronunciaré la palabra antidinástico: ni entonces como ministro, ni ahora como diputado, quiero averiguar de dónde ha salido esa pavorosa frase; pero sé que durante mi ministerio, algunos periódicos emitieron juicios, revelaron tendencias y propósitos respecto á los cuales, no yo, sino la ley, tenía preparados sus castigos; sobre ellos los descargaba aquel Código cuya observancia habíamos jurado: ¿de quién era la culpa?

(Si le parece que aún se puede machacar sin peligro contra los puros dirá): ¡Cruels nosotros con la imprenta! (Con calma.) Señores, no lo revelo, no lo digo yo: es público y notorio que existe hace tiempo en España un partido conocido por antidinástico, y no estará demás recordar que en 1854 se incluía en ese partido á hombres que tienen hoy día grande influencia en la situación. Hable ese partido: ¿encontró en nosotros saña, encontró odio, vió, acaso, en nosotros ni asomo siquiera de esas animadversiones de que suelen dejarse llevar los hombres que militan en opuestos bandos?

(Aquí dos rekiletes á la administración del bienio.) (En seguida estocada á la unión liberal—que será poder—pero en la cruz de los rubios. Este párrafo nadie puede imitarle; solo S. S. es capaz de decirlo y hacerlo oportuno, eficaz y contundente.)

(Párrafo final). Y pensadlo bien, señores, (el índice en la frente); parad mientes en ello, señores diputados; hicimos ensayos, enhorabuena (se encoje de hombros); cometeríamos errores graves (estirando los brazos) lo doy de barato; pero ¿se habría salvado la sociedad si hubiésemos obrado de otro modo? (se cruza de brazos). ¡Hable el que lo sepa! (silencio en el público. Provocación del orador). El que crea lo contrario, el que imagine que hoy pudiese haber trono y libertad sin la conducta que seguimos, levántese, y proteste, y acúsenos con valentía, cara á cara (golpe al pupitre) que... ya lo sé yo, no puede haber aquí quien á tanto se atreva.

(Un sorbito de agua): No, señores diputados, aquel gobierno, aquel ministro de la Gobernación, lo que hicieron, fué acudir humildemente al llamamiento de la Corona, abandonar sus negocios, y arrostrar desde el primer día una responsabilidad que todos, todos los ministerios anteriores habían esquivado, dejando á la ley la mas libérrima libertad de acción; elevar el régimen representativo (que no puede exis-



LA CUESTION MENESES.

—Hé aquí el mejor medio de que puede valerse el gobierno para evitar que Meneses se siente en el Congreso.



—Que no se sienta Vd.
—¿Por qué?
—¡Orden, señores!
—Porque no sabemos de dónde le viene á Vd. el dinero.
—Pues mas vale así, que saber de adonde os viene á vosotros.

tir sin prensa libre) al mayor grado de esplendor posible y sacrificar nuestras propias aspiraciones en aras de la legalidad. El país vió nuestra conducta; el país sabe á estas horas que á pesar de nuestra buena voluntad teníamos que luchar con fuerzas superiores á nosotros, como la de la ley de imprenta y otras de que no me es dado hablar en este momento, aunque no importa, porque todo el mundo entiende á qué me refiero; el país sabe que el gobierno anterior al nuestro había consentido que en ciertas regiones se arraigasen plantas parásitas, que nosotros por altas consideraciones de delicadeza y de decoro pátrio no podíamos estirpar en un día; y supuesto que el país sabe todo eso (mira á todos lados) supuesto que el país sabe eso y algo mas, él es quien nos ha de juzgar á todos, y yo tranquilo me someto desde luego á su fallo. He dicho.

(Alejandro Castro y otro le dan la mano. Los papeles de la tribuna pública se rascan la cabeza atontados. Es tarde, se levanta la sesión. Los curiosos se van diciendo:

—¡Es mucho hombre!
—Ha envejecido.
—¡Qué lagarto!
Y no habrá mas.

ROBERTO ROBERT.

ENFERMOS POLITICOS.

La sala está llena de enfermos, mas ó menos graves.

Por todas partes se oyen lamentos, sollozos, gritos de dolor.

Es la hora de la visita.

GIL BLAS, acompañado del doctor Sangredo, penetra en la sala, llevando el libro en que debe apuntar el diagnóstico y el plan curativo de cada enfermo.

Los vientos políticos de diciembre son causa de muchas enfermedades agudas.

Oigamos al doctor que va á pasar revista á los enfermos de la política fulminante.

Cama 1.^a—Enfermo D. Alejandro Llorente.

EL DOCTOR.—Mira, GIL BLAS, á este enfermo puedes darle mañana el alta. Ha estado próximo á la muerte, pero se ha salvado de milagro. Padecía una *moderaditis* aguda, y ha estado á punto de tragarse la cuestión de Hacienda. Si se la traga, revienta.

GIL BLAS.—¿No era este el ministro de Estado?

—Sí, y nunca ha estado peor. El veneno de las circulares de enseñanza y de imprenta le había rendido hasta el extremo de propinarse el brevaje del dis-

curso de la Corona; pero como no llegó á beberlo, se ha salvado.

Cama 2.^a—Enfermo D. Luis Gonzalez Brabo.

GIL BLAS.—Este pobre me dá lástima, doctor. No hace mas que delirar. Pasa las noches diciéndome que va á dar libertad absoluta á la prensa, y en seguida sostiene lo contrario. ¡Que el diablo haga cuenta de lo que dice!

El doctor le toma el pulso.

—Débil, muy débil. A ver la lengua. ¡Qué sucia! Este no tiene remedio.

—¡Pobrecito!

—No te aflijas, GIL, puedo salvarlo si te empeñas.

—¿De veras?

—Escribe: *recipis: ochenta mil duros*. Mañana estará bueno.

Cama 3.^a—Enfermo D. Ramon Maria Narvaez.

EL DOCTOR.—Este padece una enfermedad crónica muy parecida á la tarántula. Sufre de cuando en cuando horribles accesos que solo se calman con el baile.

—Anoche soñaba récio.

—¿Qué decía?

—Decía: «Si llego á cojer el sable, no me queda un liberal en España... ¿A mí liberalicos?... ¡Brrrr!»—¡Y si viera V. qué feo se ponía al decir esto!

—Habrá que hacerle la operación.

—¿Qué operación?

—Una muy peligrosa: como que quizá se quede en ella.

—¿Y hoy no le receta V. algo?

—Sí, que le traigan un gorro de dormir, no se constipe.

Cama 4.^a—Enfermo D. Antonio Benavides.

GIL BLAS.—A este le han traído hoy, señor doctor.

—Ya lo sé: está casi ciego. Sabe mucho, pero no ve gota. En el espacio de 18 años ha subido tres veces al poder y nunca ha gozado en él mas de cuarenta días de salud. Este merecido descrédito serviría en otro país para que nadie se acordase de él sino para llevarle á la Academia de la Historia como un documento raro.

—¿Tiene nubes en los ojos?

—Y en el alma, hijo mio. *Recipe*: que le saquen dos onzas de sangre; quizá por este medio logremos que vea clara su inutilidad.

Cama 5.^a—Enfermo D. Fernando Corradi.

EL DOCTOR.—Este no es enfermo ni es nada. *Recipe*: que le pongan una cruz. Mañana bajará al Prado sólo porque le vea con ella la gente.



MONOLOGO DE MENESES.

—Se habian empeñado en que no me sentara... y se llevan chasco. Yo he venido aquí por mi dinero, es decir, porque pago contribucion y por la voluntad de los electores. ¡Y me siento, aunque sea en el suelo!



—Si señor, yo soy partidario de la *Union liberal*, y mire Vd. como me han puesto dos años de cesantía.

—¿Y pretendes sustituirme?

—Dentro de poco, ó de lo contrario me pego un tiro.



—D. Ramon, ¿ha dado Vd. ya el golpe de Estado?
—¡No, de costado!

Cama 6.^a—Enfermo D. Diego Coello.

GIL BLAS.—Este enfermo se dió un golpe el otro día haciendo equilibrios en *La Epoca*. Habia atado la cuerda á una reja de España y á otra de Portugal, y él estaba en medio con el balancin, mientras que su compañero Escobar tocaba el organillo.

—¿Se hizo mucho daño?

—¡Ca! No señor. Si siempre cae de pié. Todo lo malo que le puede suceder es el verse obligado á desatar la cuerda de la reja de Portugal para atarla á otra cualquiera. Mientras pueda hacer equilibrios, no hay quien se atreva con él.

Cama 7.^a—Enfermo D. Miguel Tenorio.

EL DOCTOR.—Los vientos de Palacio, al suprimir la secretaría particular de la reina, le han puesto en un estado lastimoso.

Recipe: Caldo de gallina.

Cama 8.^a—Enfermo D. Liberalismo.

GIL BLAS.—Señor doctor, tiene Vd.; está frio...

—¡Calla! Pues es verdad... ¡Ha muerto! Que le lleven mañana á la sala de anatomía: quiero hacer estudios sobre el cadáver... ¡De seguro lo han envenenado!

LUIS RIVERA.

VAMOS ANDANDO.

¿Qué se hizo D. Ramon?
Luis Gonzalez y Alcala,
¿qué se hicieron?
¿Qué fué de tanta eleccion?
¿Qué fué de tanto bajá
como trujeron?

Ya D. Ramon no es ministro
ni Benavides tampoco,
por obra y gracia de un Santo
muy negro y muy milagroso.
Las exéquias les han hecho
en vida, como á Tenorio;
y dos frailes y una monja
les han cantado el responso.
Serán enterrados vivos
en las Cajas del Tesoro,
por ver si han buenas migas
las cenizas con el polvo.
En su testamento dejan

que les dejen otro poco,
para ver si este Congreso
concluye como los otros.
Dejan tambien varias mandas
á unos amigos de votos,
las cuales paga Meneses
que es el que lo paga todo.
Respecto á bienes raices
no dejan mas que algun tronco,
que no volverá á echar hojas
hasta que venga el otoño.
Por ellos queda seguro
el porvenir de los potros;
la teocracia en las escuelas,
y en el Banco el monopolio.
Sobre imprenta un plan hicieron
medio blanco, medio rojo,
el cual no se pierde nada
si se lo lleva el demonio,
ó si lo anota Pavia
que escribiendo es todo un mozo.
¿Quién te lo dijera el lunes,
Ramoncito de mis ojos,
cuando tranquilo pensabas
llegar de la dicha al colmo,
de la plazuela de Oriente
quitando algunos estorbos
y limpiando el comedero
á mas de cuatro palomos?
Jamás pérdida ninguna
te causó pesar mas hondo,
ni la pérdida del pelo
que un tiempo llamaste propio,
ni la del pelo postizo
que era tu mejor adorno
cuando en calles y teatros
dabas envidia á los pollos,
ni la que hace pocos años
tuviste en tu patrimonio.
Ceder el campo á Pavia
debe serte doloroso,
que hay desde él á tí lo mismo
que hay del camueso al madroño.
Y si entra con él Moyano,
tu compañero y tu socio,
aquel liberto de Loja
que ya te niega su apoyo,
comprendo que estés herido,
disculpo que estés celoso,
y si te mueres de rabia
de fijo te lo perdono.

Venga pues ese gobierno
que vá á reemplazar al otro,
tan parecido en la forma
como idéntico en el fondo;
gobierno de *sal si puedes*,
de *sigamos el embrollo*,
de *mirame y no me toques*,
de *te quitas y me pongo*;
puente de rabos de pasa,
espejo de vidrios rotos,
fortificacion de naipes,
y puesto de engaña bobos;
que detrás de ese gobierno
no tardará en venir otro,

y tanto y tanto á la fuente
lleva el cántaro Bartolo,
que al fin y al cabo se rompe,
y si es de barro, mas pronto.

M. DEL PALACIO.

REVISTA DE LA SEMANA.

I.

Ante todo, y para poder hacer bien la revista de este país, deseo saber en qué país vivimos.

Y digo esto, porque desde que he leído en un periódico que un carlista *ha sido solicitado*, no ceso de repetir aquello de *zubinam gentium summus*?

Figurémonos que estamos en un país libre, especialmente de costumbres. Bueno. ¿Estamos en un país libre? Pues allá va una pincelada de historia, que sin ser presentada á la Exposicion, puede ser muy espuesta.

Habia una vez una monja que volaba...

—¡Alto ahí! Me grita en este momento un amigo del gobierno. ¿Vd. ignora que se ha dado orden de prender á D. José María Diaz?

—Tiene Vd. razon, le respondo. Ha puesto Vd. el dedo en la llaga, como diria la heroína de mi cuento.

La suposicion que yo hice al principiar el artículo, cae *por su propio peso*. Es muy pesado eso de ser liberal en los tiempos que corren.

Es muy posible que hasta que los cajistas compongan este artículo, ocurran grandes sucesos. ¡En un día puede publicar la *Gaceta* tantas reales órdenes! Por ejemplo, esta:

«Se prohíbe, bajo pena de emparedamiento, escribir una sola palabra de *política recalceitrante*.»

Respetando, como buen ciudadano, las órdenes superiores, y comprendiendo que tendria muy poca *sal* eso de caer de hocicos en el *Saladero*, me salgo, como Espartero, del espinoso campo de la política, y me voy á la calle de Alcalá con el objeto de entrar en los salones de la Exposicion de pinturas.

II.

¡Me he lucido! ó mejor dicho, ¡se ha lucido el gobierno!

Las puertas de aquel templo, que parece mas bien un establo (estilo culto), se abrieron de par en par el martes 13.

El día antes habia preguntado yo á un pintor amigo:

—¿Cuándo quedarán espuestas las obras?

—¡Ay!—me contestó—demasiado espuestas están las infelices.

—¿Pues cómo así?

—¡Psth! Humoradas de la naturaleza. Figúrese Vd. que á mi cuadro le ha caído una gotera que le ha tapado un ojo á un señorito que yo habia retratado.

—¿Cómo? exclamé, acaso la lluvia de estos días...

—Se ha colado por los lienzos del techo, y hay figuras que están con el agua al cuello.

—¡Qué horror! Como en Alcira.

—Ha sido un gran contratiempo. Un amigo mio habia presentado un bellissimo cuadro, cuyo principal mérito consistia en la verdad con que estaban figuradas unas llamas. El cuadro representaba un incendio; y en fuerza de caer agua sobre él, se ha apagado.

—Es decir que...

—Que entre la lluvia que ha entrado por donde solo debia entrar la luz, y el gobierno, que ha permitido que entrara el agua por donde no debia entrar, han dejado á mi amigo á buenas noches.

III.

Cuentan las crónicas, y esto hay que decirlo en confianza, que hace pocos dias le dijeron á cierto personaje, hombre de bisoñé y espada, que habia muerto una señorita llamada Concepcion. Mi hombre se pone de librea, se coloca kilómetro y medio de espadín al lado izquierdo de la faja, y se dirige á la plaza de Oriente ensayando dos lágrimas.

Al pié de una estatua tropieza con un paisano suyo.

—Hola, Mata-prensas, ¿á dónde vas tan arreo?

—A dar un pésame. Ha muerto Doña Concepcion...

—¿Pus ya lo creó!

—¿Cómo?

—¿Pus no hace mas que tres años!

Mata-prensas se da un narigotazo, y esclama:

—¡Voto á cien cuerdas de periodistas! ¿Es verdad! ¡Me han dao la gran castaña!

En su desesperacion quiso arrancarse los pelos, pero le fué imposible. No pudo encontrarse uno desde la frente al pescuezo.

IV.

Los teatros continúan ofreciendo vomitivos franceses que parecen comedias. La originalidad, como la libertad de imprenta, ha hecho muti.

El Circo y la Zarzuela preparan obra nuevas. El teatro de Variedades está lleno todas las noches, y á la verdad que todo se lo merece el eminente actor don Julian Romea. Si el génio se pudiera pasar de un hombre á otro, como cuando dos colegiales fuman de un mismo cigarro, aconsejaríamos á D. Julian que antes de retirarse de la escena, soprase un poco al oído de los actores que quedarán aquí para escarmiento de los aficionados á la buena ejecucion de las obras dramáticas.

A propósito de actores que parecen otra cosa.

La otra noche, en el teatro del Príncipe, me decia un espectador, dándome un codazo de entusiasmo:

—¡Qué hombre este! Es mucho actor D. Manuel Catalina! ¡Cómo se conoce que esta noche hace el papel á gusto!

A lo cual no pude menos de contestarle.

Si haciendo el papel á gusto
Nadie le puede sufrir,
Cuando trabaje á disgusto...
¡Ayúdeme usted á sentir!

V.

Para bellezas, la del alma.

Figúrense Vds. que un señorito provinciano viene á la corte, asegurando, con una modestia que le honra, que es un pez muy largo, y que vá á hacer fortuna en menos tiempo del necesario para escribir una comedia muy mala. Para principiar su carrera gloriosa, le pega un bofetón de cuello vuelto á un máscara que ha insultado á una duquesa. Hay máscaras muy soeces.

La duquesa, ¡es claro! agradecida á los puños de aquel hombre, se enamora de él y le saca un destino; y el chico, animado con el turron y el amor de la otra, en dos meses llega á ser diputado, y se quiere casar con la duquesa.

Un baron jorobado, que parece muy agudo, íntimo amigo de la duquesa, á quien ama en secreto, se propone descubrir las maulas del diputado y amante,

para lo cual hace de modo que la pobre señora venga á casa del fingido amator, que dicho sea de paso, tiene amores con una bailarina que se llama Fanny, y ha dado palabra de casamiento á la criada de la duquesa, y todavía se queda corto.

En tal estado las cosas, y cuando la noble dama y el corcobado baron están en casa del joven representante de la nacion española, se oye ruido, gente se acerca, como dicen los autores, y los dos amigos se ven obligados á esconderse en un balcon, y en él están hasta el final de la comedia, es decir, media hora, que para coger una pulmonía creo que hay bastante, siendo de noche y estando sin sombrero. La duquesa oye de los lábios de su mismo amante cosas que debieran quedar ocultas, y sale medio muerta, no sé si de frio ó de pena, para ocultarse de nuevo con el baron, en un cuarto que hay frente al balcon malhadado. El jorobadito, que es muy agudo, promete salvarla, y en efecto, cambia en el contrato de boda que ya estaba estendido, el nombre de la duquesa por el de la sirvienta de ésta; con lo cual, y con salir á castigar al infame diciéndole la *tostada* que acaba de jugarle, se acaba la comedia, y el público aplaude, ó no aplaude.

En cuanto al Sr. Rincon, que era el máscara insolente, dejémosle estar. ¡Pobrecillo! Entre unos y otros me lo ponen hecho una lástima.

Y en cuanto al periodista aquel que entra y sale por todas partes, como Pedro por su casa, apuntando lo que ningun periodista mas que él apuntaria, dejémosle tambien, como creacion fantástica.

No ha faltado algun periódico, á pesar de todo, que haya dicho como aquel personaje de una comedia de Moratin:

—¡La comedia es buena, señor, la comedia es buena!
Y el público... se lo ha creído.

EUSEBIO BLASCO.

CABOS SUELTOS.

Se anuncian dos nuevos periódicos políticos: *La Soberanía nacional* y *El Tiempo*.

El primero es progresista; el segundo moderado, que es la fruta del tiempo.

Ya no es el oro inglés, sino el oro de Turin el que paga las conspiraciones.

El cardenal Antonelli ha descubierto una intriga horrible...

Puñales, bombas de Orsini, cañones...

¡Esto no puede oírse sin estremecerse!

Y créanme Vds., todo reconoce la misma causa: ¡el oro de Turin... Mazzini!

No se puede vivir en Europa.

Si yo fuera el arzobispo de Santo Domingo, ya me hubieran marchado á mi diócesis.

—¡No, que no se vayan, por amor de Dios!

Se dice que Sor Patrocinio sale para Roma.

Y tambien el Sr. Claret.

Vd. que los trata, dígalos que se queden, que los necesitamos aquí á todos,—y juntitos.

Dice *Las Noticias*, refiriéndose á la caricatura del número anterior de Gil Blas, que si en el cuarto bajo que habita en union de *La Correspondencia* hay algo malo, es lo que han dejado los caballeros que tanto cariño se muestran en la calle.

¿Acaso les han quedado á deber algo?

El señor marqués de Miraflores, que desde el primer momento de la crisis se habia hecho vestir de uniforme, no se ha desnudado todavía.

Hay quien cree que si continúa en esa actitud, no tardarán en llamarle... lo que se puede llamar á un personaje como el marqués de Miraflores.

Parece que el general Narvaez ha encargado al escultor señor Vilches su retrato en un busto de tamaño colosal.

D. Ramon cree, y cree muy bien, que despues de lo que le ha sucedido no le queda nada mejor que hacer, que meter la cara en barro, como su compatriota el tío Conejo.

Decididamente el órgano del nuevo ministerio será el

periódico cuya publicacion anunciamos dias atrás. Se titulará *El Trueno*.

La parte de fondo se confiará á un famoso maestro de obra prima, y la de anuncios á un distinguido diplomático.

En sus folletines, que no tendrán rival por lo amenos, se publicarán alternativamente novelas españolas y extranjeras. Entre ellas figurará *El diablo en palacio*, del Sr. Ortega y Frias; *La hija del Regente*, de Alejandro Dumas, y *¿Qué hará de ello?* de sir Enrique Bulwer.

Respecto á la impresion, se hará sobre billetes del Banco, que es el papel que vale menos.

Entre las cruces que últimamente se han dado, ha caído una en suerte á un señor muy gastrónomo, que precisamente se hallaba á los postres del almuerzo cuando recibió la noticia.

—Señor, dijo al entrar el criado; ahí está el portero del ministerio que dice trae para Vd. una *encomienda*.

—Está bien, contestó el agraciado con gravedad; dile que me la traiga en *comiendo*.

Se dice que el general D. Enrique O'Donnell va á ser entregado á un *Consejo de literatos*, como autor del folleto sobre la union liberal.

Nadie duda que será condenado á la última pena.

El Sr. D. José María Diaz ha descubierto un mandamiento nuevo que parece piensa añadir á los del catecismo.

Este mandamiento es un mandamiento de prision.

Al mismo tiempo que se ha buscado al Sr. Diaz para prenderle, se buscaba tambien al Sr. Ortiz y Casado. La policia de este pais es deliciosa; mientras se entretiene en buscar hombres, deja que se pierdan los niños. En cambio, suele encontrar á estos muertos, pero á aquellos ni muertos ni vivos.

¡Ah! se nos olvidaba: D. Miguel Tenorio sigue despa-chando con la Reina;—así lo dicen los periódicos.

MENESTRA.

El Sr. Vilches ha traído á la Esposicion nueve esculturas, cuyo trasporte de Roma á Madrid ha costado, segun se dice, de tres á cuatro mil duros.

Queda ahora el gran problema que resolver,—si las esculturas valen dicha cantidad.

De las nueve esculturas, solo ha admitido el Jurado las seis de reglamento, á pesar de las altas influencias de que el Sr. Vilches echó mano para que se las admitiesen todas.

Entre ellas las hay que están á mucha altura... casi llegando al techo.

Pero su mérito no pasa del suelo.

El Sr. Vilches es director de los pensionados en Roma, y el primer consejo que debe dar á los artistas, es que no le tomen por modelo.

Solo de este modo puede ser útil á sus paisanos.

Con el valor de la piedra trabajada por el Sr. Vilches, tomada en bruto, y el precio del trasporte, podríamos haber levantado un monumento al arte.

Convertidas en estatuas, apenas nos sirven para labrarle una tumba.

Pero digamos algo sério:

Entre las estatuas del Sr. Vilches descuellan la de la Reina, la del Rey, Amor y Pudor y la de Bruto.

Todas son á cual mas grandes.

GIL BLAS siente que la caída del ministerio le robe espacio hoy para seguir ocupándose de la Esposicion.

¡Cómo ha de ser! Necesita consolar á los ministros y decir á cada uno:

—¡Valor! otro dia volverá Vd. á subir... qué demonio... no lllore Vd., que no es Vd. tan desgraciado...

Todavía no lo ha puesto á Vd. en estatua el Sr. Vilches.

Por todo lo no firmado,

EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1864.

Ayuntamiento de Madrid